

(72)

y que amen mas vuestra beldad exterior que la del alma : tened el honor siempre pintado en vuestros rostros, y grabadle de tal suerte en vuestros corazones , que en vida y en muerte sea inmortal la fama de vuestra integridad.



HISTORIA TRÁGICA 15.ª

EMILIA Y FABIO,

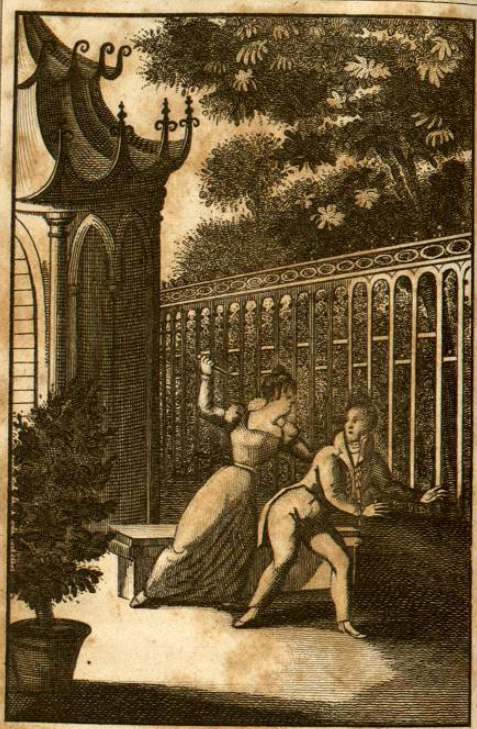
6

TRISTES EFECTOS DEL AMOR.

HISTORIA FRANCICA

EMILIA Y RABIO

TRISTE EFECTO DEL AÑO



P.C. dibó

P.M. grabó

*Toma, traidor, pues que tienes dos Esposas,
yo te haré de uno dos corazones.*

INTRODUCCION.

Habrà muchos que crean no tengo otro argumento de que tratar, mas que de amores desgraciados ó temerarios de aquellos amantes locos y ciegos que se precipitan al traves de todo riesgo, olvidando los deberes del honor y de la grandeza de sus antiguos; y á estos diré que tomo de intento esta materia en mis historias trágicas, no por referir las astucias de un hombre lascivo, las intrigas de una muger pública, ni los ardides y fingimientos de un malvado seductor,

pues esto lo dejo á los cómicos que son los pintores que generalmente presentan esta clase de cuadros en la escena; sino porque siendo este vicio tan comun al género humano, y del que nos guardamos menos que de los demas, me ha parecido conveniente manifestar los disgustos, perjuicios y desgracias que esta pasion ocasiona en la variable diversidad de ocurrencias que sin cesar se suceden unas á otras, siendo al mismo tiempo enmascarada con frecuencia por el velo de una cierta política, y mucho peor cuando los mas procuran encubrir esta falta, que no es mas que el instinto natural de los brutos, afectando cierta amabilidad y dulzura con que se hagan apre-

ciables en las sociedades. Pero dejemos á estas almas miserables entregadas á su vocacion brutal y envilecidas entre las gamellas de los puercos del voluptuoso Epicuro: nos falta citar á aquellos que á la sombra de un gran bien, y bajo el pretesto del santo matrimonio abusan tambien del amor y del honor de una jóven modesta: no por esto trataré yo de disculpar la locura de aquellas que se dejan arrastrar de la seduccion tan ligeramente, porque deslizando y resbalándose por tan poco, y siendo vencidas por un asalto semejante, es ya una señal convincente de que el vicio las domina mas que la razon; y que la pasion las lleva á abandonar su honestidad, despre-

ciando ya la virtud que las hacen tan recomendables.

Este mal, esta funesta enfermedad es el argumento de mis discursos, no para tratar del amor ó deducir los medios de emprenderle con suceso, sino mas bien para advertir á la juventud que no abuse tanto de sus inclinaciones amorosas, ni se fie en promesas de un amante embriagado por una pasión, para que nunca tenga que arrepentirse de una debilidad irreparable que produzca su desgracia, como la de los dos amantes contenidos en esta historia.



En tiempo del Papa Julio II hubo en Roma un caballero que tenia un hijo único por heredero de sus inmensos bienes, llamado Fabio, que por su desgracia se enamoró de una jóven, cuyo nombre era el de Emilia, y esta pasión fue la que ocasionó la muerte de ambos amantes.

No hai quien ignore, que si ha habido naciones sujetas á divisiones y parcialidades, la Italia fue siempre la que suscitó continuamente las facciones: diganlo los

Turrianos, los Escalas, los Estes, y de tiempos mas modernos los Adornos y Fregosos en Génova, los Estrozzes y los Médicis en Florencia, y los Colonos y Ursinos en Roma, á mas de un número infinito de disensiones particulares que en todo tiempo han corrido por todas las ciudades de Italia, como el cáncer se estiende por el cuerpo humano, cuando no se cortan sus progresos. Este lastimoso estado fue causa de que los padres de estos dos jóvenes Emilia y Fabio se uniesen á diferentes partidos, y fuesen por consiguiente enemigos el uno del otro, causando el escándalo que diremos despues.

Fabio, aunque sabia la mortal enemistad que habia entre su padre

y el de su amiga, no dejó por eso de entregarse libremente á esta pasion, dando pábulo á sus vehementes deseos y esperanzas, amando cada dia mas á la hija de su enemigo; y sin embargo de no poder hablarla, tanto por la costumbre del pais, de tener en aquel tiempo tan sujetas á las mugeres, como en España á las monjas, quanto por el invencible ostáculo que ofrecia la discordia de sus padres, hacia conocer su pasion á su querida con señas y tiernas miradas, dándola á entender que no era enemigo, sino esclavo suyo. La jóven Emilia, que no era de mármol para ser indiferente á igual pasion que llegó ya á poseerla, empezó á atenderle con cariño y á encontrarse con sus

miradas; y viéndole rondar á todas horas la calle, conoció fácilmente que deseaba hablarla: con este motivo se asomaba mas á menudo á una ventana que daba á una callejuela poco pasagera, por donde atravesaba continuamente Fabio, esperando hallar la oportunidad de verle, que era precisamente lo que tanto éste deseaba. Luego que vió Fabio que su favorita ayudaba su empresa, y que empezaba á sentir la impresion del amor, prosiguió sus paseos hasta que un dia Emilia le dejó caer sobre la cabeza un ramillete de flores. Figúrate, lector mio, si desagradaria semejante favor á este amante, siendo en Italia una de las mayores señales de amistad y

cariño que una dama puede dar á un hombre cuando no es posible hablarle. Fabio, contemplándose en un paraiso de delicias con tan fina demostracion, dijo por lo bajo á la hermosa Emilia, que se habia ya puesto á la ventana: ¡Ah! Señorita, si estas flores son las precursoras de la dicha á que mi corazón aspira, no me quedará ya que desear en este mundo. — Emilia, sea porque quisiese probar su constancia, sea porque estuviere alguno en su cuarto, le hizo señal para que pasase otra vez, pues que en aquel instante no podia hablarle. — Sintió mucho que se desgraciase aquel momento; pero sin embargo, quedó mui contento y obedeció. Fuése á su cuarto con

su ramillete, y le colocó en el mejor parage, cuidándole con el mismo interes y esmero que si fuese el tesoro de Venecia, considerándose el mas feliz de todos los caballeros de Roma al verse correspondido de una muger tan hermosa: asi, pues, tomando aliento, y seguro de haberla fijado en su favor, no tuvo ya recelo en saludarla cuando la veia sola, procurando siempre el mayor disimulo y modestia para que nadie maliciase de sus amores; pero era tan fuerte la llama que abrasaba su corazon, que casi todas las noches cogia su lira y se iba á dar serenadas á su adorada Emilia, pasando sin detenerse por delante de la ventana, donde sabia se

hallaba aquella deidad á quien consagraba sus amores; cantaba con tal dulzura y suspiraba tan profundamente, que hallándose Emilia escuchándole á la ventana, no pudo contenerse, y le respondió con un fuerte suspiro; pues que de palabra no podia demostrarle su pasion. Fabio, lleno de gozo al oir tan consolador suspiro, que denotaba no poderle hablar por estar acompañada, le dedicó nuevos versos en otra cancion; pero temiendo Emilia ser descubierta si le tenia mas tiempo debajo de su ventana, se retiró, recreándose en recitar las palabras que Fabio la habia dirigido en su cancion; y llena de ideas lisongeras, que al mismo tiempo afligian

su corazón, se acostó, aunque poco dispuesta á dormir; y dando vueltas en su lecho de uno á otro lado, sin poder de modo alguno hallar descanso, pasó la noche meditando sobre las ocurrencias de tales amores, discurriendo lo que podría suceder, sin cesar de suspirar á cada una de sus reflexiones; lo que fue causa de que su Aya, que la habia criado desde la cuna, la preguntase lo que tenia, si estaba mala, ó si tenia alguna pena, en vista de estar tan desvelada y continuamente suspirando contra su costumbre; pero Emilia fingió dormir, determinando sin embargo declarárselo todo por la mañana; y rendida por tanta cavilacion, al fin se quedó dormida.

Vino el dia, y queriendo empezar su arenga para descubrir á la Aya sus secretos, se halló tan cortada como el que es sorprendido en algun delito; y mudándosele frecuentemente el color, balbuciente, y no teniendo apenas libertad su lengua para articular una palabra, entró en sospecha la vieja de si el de la lira seria la causa de los desvelos de Emilia: por lo que, como muger astuta y que sabia todo lo que puede amor, la dijo: Y bien, Señorita, ¿qué os parece la cancion que anoche han cantado en esta calle? — No es mala, responde; pero segun las letras, me parece que el que las cantó debe tener alguna dama que finalmente le corresponda al amor.

que parece le abrasa; yo así lo infero del delicado concepto de sus expresivas letrillas. — Si, es verdad, repone la vieja, y me parece que no la tenia muy lejos, según las últimas palabras de su canto. Pero decidme, Señorita: ¿cuál ha sido la causa de que hayais pasado casi toda la noche sin poder descansar un cuarto de hora desde que el caballero de la lira honró esta calle con su dulce canto? No teneis que ocultarme nada; pues si no me dijeseis la verdad, veréis qué pronto la averiguo yo. — ¡Ah, querida Marciana! por Dios os suplico tengais piedad de mí; pues me veo atacada precisamente de la enfermedad que sospechais; y no mireis como delito lo

que tanto simpatiza con nuestro sexo, que es el que me arrastra á querer á un hombre cuya voluntad está unida á la mia; y aunque todavía no me haya hablado, me ha mostrado muy bien su inclinacion para estar segura de su fino amor y lealtad. — ¿Y decidme, querida mia, desde cuándo habeis aprendido á usar de ese lenguaje? ¿En qué escuela habeis estado para instruiros tan pronto de lo que es amor, y fundar esta pasion en los efectos de nuestro ser actual?.... — La causa misma, dice Emilia, que os ha hecho ver en mí esa mudanza de carácter, y la esplicacion que me hizo un dia la viuda de un caballero, me ha dado á conocer lo que puede amor

sobre un corazón sensible, y me ha convencido de estar ya bajo su poder. — Vamos, vamos, ya veo que sois una muger de instruccion, y que sabeis argüir filosóficamente; pero decidme para mi gobierno, quién es ese caballero tan virtuoso y diestro que ha sabido ganar el corazón de mi Emilia; pues si es tal como le pintais, me tendreis uno y otro de vuestra parte: no basta decir la enfermedad al médico, si por el mismo medio no sabe la causa y sus síntomas para poder aplicar el remedio con acierto; de nada sirve saber que estais enamorada, siéndome desconocido vuestro amante; pues enfermaréis lentamente, y no hallareis el alivio de vuestro martirio. — Ya

veo yo, dice Emilia, que no sin motivo son tan recomendados los ancianos para tomar consejo, tanto por su penetracion como por su prudencia; pues aunque me habia resuelto á confiaros el secreto, si no hubieseis suscitado vos misma la conversacion, yo estaria aun sin hablar, llena de cavilaciones y de pena. Sabed, pues, que mi corazón se halla oprimido y angustiado desde el dia en que fue aprisionado por un hombre que me ama ciegamente, y que á pesar de ser de casa ilustre y de todas las circunstancias necesarias para considerarse feliz cualquiera muger con su mano, nunca podrá ser mi marido; pues una fatalidad se opone á unas voluntades tan unidas co-

mo las vuestras. — Decidme solo, repone Marciana, quién es vuestro amante, y despues pensaremos en lo demas con meditacion, asegurándola, que no hai cosa, por difícil que sea, aunque se acerque á lo imposible, que no pueda vencer el talento é industria del hombre. — Emilia entonces, llorando y suspirando, con voz baja é interrumpida, y con los ojos fijos sobre la tierra de vergüenza, la dice: el que me ama y yo no puedo aborrecer, es Fabio, á quien mis padres no podrán estimar nunca por la enemistad tan antigua que hai entre las dos familias. — La Aya, al oirla pronunciar este nombre, se quedó tan sorprendida, que hubiera reconvenido agria-

mente á Emilia si no la hubiese visto tan afligida y acobardada; pues podia fácilmente haberla causado un insulto; y despues de reflexionar un momento, trató de consolarla, y la dijo: Vamos, tomad aliento, pues aunque la materia tenga en sí grandes dificultades, tiempo andando se desvanecen los resentimientos, y todas las cosas se componen, y de consiguiente puede que un dia veais cumplidos vuestros deseos: lo que importa por ahora es, que le recomendeis el mayor disimulo, esperando mejor ocasion que favorezca vuestro intento. — ¡Cómo! replica Emilia, ¿quereis que si me habla, le desprecie, y pierda por mi crueldad é ingratitud un hom-

bre que deseo ver mi esposo con preferencia á todos los de este mundo? ¿Es ese el consejo que me dais en lugar del consuelo que esperaba de vuestro cariño en tan triste situacion?—No, hija mia, repone Marciana, no es mi intencion oponerme para afligiros; sino al contrario, pues lo que se hace con reflexion y prudencia, nunca ocasiona un arrepentimiento: decidme en qué puedo yo ayudaros, y vereis si deseo que Fabio sea el esposo de mi querida Emilia.—Lo que yo quiero es, dice ésta, que si os saluda, le pongais buen semblante, inspirándole confianza para que podais sondearle y saber el objeto de su cariño. — Pónense, pues, las dos de acuerdo, y for-

man el proyecto de examinar á Fabio, preguntándole disimuladamente Marciana hasta conocer el fondo de su pasion y el fin á que se dirigia; pero no tenian otro arbitrio que la misma ventana donde Emilia se ponía para verle, y aun esta estaba enrejada: mas discutiendo entre las dos de otro modo, determinaron poner los medios de hacerse con la llave de una puercecita del jardin que estaba debajo del cuarto de Emilia, lo que fue bastante fácil á ésta, arriesgando su vida por hablar al que habia entregado ya su corazon. En este mismo dia salió la Aya de casa por algunas telas, y encontrándose con Fabio, la conoció éste al momento, la saludó mui cortes-